

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

<i>La esperanza</i>	<b>3</b>	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	<b>5</b>	<b>La esperanza entre la fe y la caridad</b>
<i>Pedro Alurralde</i>	<b>17</b>	<b>El monje y la esperanza</b>
<i>Jean-Louis Brugues</i>	<b>21</b>	<b>El arte de durar</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>33</b>	<b>Esperanza y purificación en la teología contemporánea</b>
<i>Xavier Tilliette</i>	<b>43</b>	<b>Notas y reflexiones sobre la virtud de la esperanza</b>
<i>Carlos G. Hoewel</i>	<b>51</b>	<b>Para una espiritualidad ante la muerte</b>
<i>Santiago Kovadloff</i>	<b>59</b>	<b>Lo peor ya pasó</b>
<i>Olegario González de Cardedal</i>	<b>67</b>	<b>Destino histórico, experiencia religiosa y creación artística</b>
<i>Leonardo Cappelluti</i>	<b>84</b>	<b>Iglesia, Eucaristía e Inculturación</b>

# Lo peor ya pasó

por Santiago Kovadloff\*

1. Hay, al parecer, una turbulencia propia de los fines del milenio. Quienes nos precedieron, hace diez siglos, la conocieron bien. Lo prueba una literatura febril y abigarrada, que se remonta, por lo menos, hasta los *Oráculos sibilinos* recopilados en el siglo VI, y culmina con la versión francesa de la *Tiburtina* en el siglo XI. Su rasgo prototípico es el presentimiento de una catástrofe cercana que amenaza con ser definitiva. De modo que si la expresión “fin del mundo” pareciera caída en desuso, no ocurre lo mismo con su trágico sentido. Se diría que el milenio exhausto arrastra siempre, entre sus aguas terminales, el temor a lo peor. De hecho, basta una ojeada a cuanto nos rodea para advertir que la violencia suele cambiar de banderas pero no de intensidad. Se diría que el desastre se niega a conocer matices y, en todo caso, prefiere siempre el exceso a la moderación. Así es cómo su magnitud sin mengua pareciera devorarlo todo: desde el vínculo pacífico entre los pueblos hasta el vapuleado corazón de la atmósfera. Por lo demás, el áspero semblante que asume hoy el conflicto entre civilizaciones no hace más que resaltar una remota indiferencia hacia el don convivencial. Frente a ella todo empeño puesto en promover el encuentro cordial entre los hombres no sólo parece endeble sino, incluso, ingenuo y ciego.

Aún así vale la pena indagar si lo peor va a ocurrir o ya ocurrió. Mi impresión es que ninguna de las tragedias venideras, resulten o no inminentes, será más desoladora que las que ya padecemos —Auswichtz, por ejemplo, e Hiroshima—. Acaso lleguen a igualarlas. Pero no creo que puedan superarlas cualitativamente. Es que a mi ver, de cuantos males pudiera entrañar el futuro, no hay ninguno capaz de sorprendernos con la hondura de su embestida o la magnitud de su crueldad.

Se me dirá de inmediato que la hecatombe nuclear que ponga fin a la vida entre nosotros no ha ocurrido todavía. Demás

está decir que lo sé. Pero quisiera añadir que semejante atrocidad, estrictamente, no es lo peor que podría suceder. Y no lo es por una razón que salta a la vista: no habrá quien sobreviva al desastre como para tener que soportar sus consecuencias. El fin del mundo es también el fin del sufrimiento humano. No habrá padecimiento donde ya no existan protagonistas del dolor. Ni puede haber horror donde no haya sobrevivientes. De modo que si nadie subsiste al mal ya no estamos ante lo peor. Estamos —si es que de estar se trata— ante la nada o, más exactamente, disueltos en ella, aniquilados.

Así, pues, no pareciera que lo peor, en un sentido eminente, vaya a suceder sino que ya sucedió. Lo peor no nos aguarda, nos precede. No se insinúa en el horizonte. Su huella se dibuja detrás de nosotros y allí debe ser buscada y reconocida. Esa huella es también la de la hecatombe nuclear programada. El genocidio ya tuvo lugar. Allí están, todavía, los hornos crematorios. La desolada extensión de los campos de exterminio. Hay en Tel Aviv una pared ineludible que recoge el nombre de cada uno de los judíos inmolados. Hiroshima y Nagasaki no son males venideros. No debe temerse, entonces, el advenimiento de lo peor. Lo peor ya sucedió. Es un contrasentido aguardar lo que ha pasado. No vamos hacia lo terrible sino que provenimos de allí. Somos, en esa medida, sobrevivientes. Estamos, como tales, y en el más extremo de los casos, expuestos a pasar por las mismas y terribles experiencias, acaso cuantitativamente agravadas. Pero, como he dicho, ya no es posible para nosotros ingresar a un horror inédito. Hemos transpuesto el umbral de lo terrible; la frontera que nos separaba de lo incalificable. El tristemente célebre “día después” en nuestro presente. Hay, en consecuencia, una pregunta primordial. Y es la de saber si el hombre es aún posible.

2. El sobreviviente de lo peor lleva estampado en su frente el estigma de su origen. Lo ha dado a luz la desmesura brutal. El desprecio de toda alteridad. La subestimación de todo lo que no es él mismo y aún de lo que esencialmente es él mismo. Como tal, es fruto del menoscabo del valor de la diferencia. De la repulsión ante todo de lo que no es idéntico. Ante todo lo que no es reflejo servil de su presunta mismidad.

Ese hombre sin matices es hijo de la subestimación de la conciencia entendida como parte de una totalidad cósmica que en ella pugna por ser reconocida. Pero también es hijo del can-

sancio y aun de la indignación sembrada por tanta soberbia. Es decir que si efectivamente logra sobrevivir a su pasado no podrá hacerlo inmerso en semejante subestimación. Si perdura será porque puede dejarla atrás. Porque quiere dejarla atrás. Pero atrás no significa sumida en el olvido ni tampoco inscrita en una memoria meramente evocativa. Se trata, en fin, de saber si su destino excluyente es el de la repetición de lo sucedido. Para seguir adelante, necesita reconstruir de algún modo su sentimiento de pertenencia a aquella Totalidad soslayada. Necesita reubicarse. Reintegrarse. Y ello significa restituirle dignidad al padecimiento del que proviene. Comprender verdaderamente la función integradora a que está llamada la individualidad. Hoy ese padecimiento se encuentra en gran medida menoscabado. En parte, por el triunfalismo del cual son expresión la opulencia y el consumo sin freno. En parte, también, debido al embrutecimiento impuesto por la miseria y la desesperación de quienes son cada vez más y significan cada vez menos. Aquel triunfalismo y esta miseria son vertientes de una misma renegación. La renegación de lo sucedido. La renegación de la enseñanza ofrendada por un quebranto sin igual. Por lo peor que, en última instancia, es aquello que ya tuvo lugar.

Esta renegación tiene nombre y ese nombre es el del egoísmo. Su vigencia atañe a la de un ideal. Ese ideal propone que el hombre está solo en la cima de la existencia. Nada ni nadie le exige subordinarse a ninguna otra ley que no sea la de su voluntad. Ese ideal aspira a entronizar como indiscutible la suposición de que el hombre puede hacer de sí y del mundo lo que quiere y que, para él, todo es un medio válido desde que orientado hacia ese fin.

El fundamento del egoísmo descansa sobre una decisión: la del repudio de esa doble verdad según la cual el hombre no sólo es parte de una totalidad cósmica que lo contiene y trasciende, sino además de una totalidad cósmica que lo reclama, ante todo como expresión de sí misma. De una totalidad que demanda de él, como sobreviviente, un descentramiento.

El egoísmo abdica del hombre como criatura. De la idea de la creación humana como acto participativo. Opta por reinterpretar y establecer esa idea bajo la forma de la invención, la imposición y el dominio. Y aspira, consecuentemente, entender y hacer entender al hombre como aquel que exige acatamiento. Es así como la criatura que crea se convierte en patrón de medi-

da. El es el único. El es el amo. El es el cosmos. De tal modo, el universo en el hombre se ha empequeñecido, ganando con ello una falsa transparencia. Es decir que ha perdido complejidad y sentido a cambio de una creciente familiaridad. La dudosa familiaridad que el hombre le infunde a todo lo que somete a su medida. Sin espíritu de comunión, el hombre no puede reconocerse. Y reconocerse significa verse como parte de un todo. Tampoco ve a las demás expresiones de ese todo como manifestaciones del mismo. Todo, para él, se reduce a fragmentos y autonomía. Aisladas, segmentadas, disgregadas, las partes —que sólo en relación a lo real como un todo ganan su significado radical—, se reducen, para él, a meras cosas. Como tales, no despertarán en su sensibilidad más que hostilidad, afán posesivo, curiosidad o indiferencia. Y habrá entonces que ordenarlas, forzarlas a rendir, terminar con ellas o ignorarlas.

Sobre este suelo de incesantes disociaciones se prepara la manifestación del genocidio sistemático y de la hecatombe nuclear programada. Es en él donde se gesta lo peor y su advenimiento. El centro de la tragedia radica, pues, en el penoso desprecio de lo que la identidad llamada *propia* tiene, en última instancia, de impropia e inapropiable. De imponderable. Pero lo imponderable no se deja malbaratar y retorna. Presiona y retorna. Sorprende, puja y retorna. En un sentido político concreto, se ha producido lo que Víctor Massuh ha llamado “la tumultuosa explosión de las particularidades humanas”. Hay una singularidad insoluble en lo genérico universal que insiste, sin mengua, en reivindicar su derecho. Y lo hace contra el falso universalismo de esa “pasión revolucionaria que abusó del futuro y nos intoxicó de utopías, sociedad marxista, evidencia redentora, hombre nuevo, mañanas que cantan paraísos tecnológicos, reino del hombre desalienado” —dice Massuh—. Prueba de ello son las minorías que hoy reivindican su especificidad irreductible en un mundo que insiste, a su vez, en la necesidad de la globalización, en la subsunción de las partes en el todo al precio de su exterminio. He aquí el riesgo esencial que amenaza al sobreviviente: volver a ser anonadado. Volver a ser convertido en *nadie*. Tal es el primer paso para que sobre él vuelva a caer el gesto asesino, la indiferencia aniquiladora.

3. Ser humano es, ante todo, un modo de ser abierto a lo ajeno de sí. La posibilidad del amor se constituye mediante el

trato con esa heterogeneidad en la que se consiste. Con eso de uno irreductible a toda cercanía y en el cual cada uno de nosotros, básica y dolorosamente, consiste. Porque el amor es goce y padecimiento de la diferencia. Y no sólo ni primeramente de la diferencia que hay entre uno y otro, sino, ante todo, de la diferencia que hay entre lo abordable y lo inabordable de mí. En verdad, la humanidad del hombre sólo florece a partir del contacto con lo extraño de sí, es decir con lo exterior, con lo ajeno y aun con lo extranjero de sí. Es su propia anomalía la que le habla al hombre de sí mismo como criatura. Vale decir, como ser ofrendado, dispuesto en el espacio y en el tiempo por leyes ajenas a su deseo como ser producido, obrado, y no únicamente como productor. El logro de su humanidad le exige al hombre superar la visión unidimensional de su ser. No otra cosa significa la apertura a la otredad. Esta, antes que una imposición moral hacia los demás, es una exigencia constitutiva de su conciencia. El hombre puede atenderla o desatenderla. Pero ella le es impuesta por la necesidad de su mismo desarrollo humano. Es desapropiándose de sí como queda el hombre a disposición del encuentro con lo desemejante. En condiciones de acceder a sí mismo y al otro como prójimos.

Este acto de desapropiación señala el ingreso creador del hombre a su relación con el sufrimiento. El ingreso del hombre a su descubrimiento. El de su constitución plena como sobreviviente. Desapropiándose, liberándose de sí mismo como objeto de un saber autoritario, el hombre queda en evidencia. Logra situarse con claridad ante lo que resulta inalcanzable para sus propias manos. Sólo donde fracasa su ilusión posesiva hay lugar para él. Allí puede reconocerse como aquel que no consiste por entero ni primordialmente en lo que quiere de sí ni en lo que dice de sí. Y es de tal modo y sólo de tal modo que trasciende. Únicamente así rebasa el delirio de apropiación de ser y la presunción de ser señor de sí mismo. Es ahora un hombre libre. Porque libre es el hombre que ha dejado de concebirse, y de concebir al otro, como materia de dominio. Libre es aquel que ya no confunde el conocimiento que tiene con el sometimiento, con la inscripción de su ser en el campo de lo clasificable, definible y enmarcable. Libre es el hombre a disposición. El hombre básicamente dispuesto.

Y es aquí donde el Segundo Mandamiento viene a iluminarnos. Es en su propuesta extraordinaria donde el sobrevi-

viente de lo peor puede llegar a advertir la insinuación del mejor de los caminos.

4. Solemos malentender, lo cual indica también que nos cuesta soportar, el sentido radical que, en ese Segundo mandamiento, asume el amor a uno mismo. El ordena a cada cual amar a su prójimo como a sí mismo. ¿Se me quiere decir con esto que debo llegar a amarlo tal como me amo? No. No así. Nos ordena, en cambio, llegar a amarlo tal como podría llegar a amarme. Lo amarás a él cuando efectivamente puedas amarte. No antes. No de otro modo. Lo reconocerás a él, a tu prójimo, únicamente cuando seas capaz de reconocerte. Lo reconocerás al reconocerte. Porque así como hoy te concibes, así nunca accederás a él. Es que tal como hoy concibes el amor a ti mismo, en verdad no te amas, te desprecias. Vives de espaldas a cuanto hay de más íntimo en ti. Te desconoces tanto como lo desconoces. Y es por eso que, ignorándote como te ignoras, te tributas el mismo maltrato que guardas para él.

El imperativo *amarás* remite, en última instancia, al futuro. Impone una tarea. No exige la mera traslación a otro de algo ya consumado en uno; de algo que yo ya me doy a mí. Lo que el Mandamiento exige, entonces, es que yo sea capaz de darme a mí mismo lo que sólo entonces podrá dar al otro. Lo amaré tal como me amaré. Me descubriré y entonces, en ese mismo instante, lo descubriré. Porque es erróneo creer que entre el amor a mí mismo y el amor al prójimo hay sucesión. Lo que hay es simultaneidad. Coincidencia y comunión. Total correlatividad en el fulgor, en el fervor, en la hondura y en el tiempo. El amor es lo que siempre sucede al unísono. Reconozco al otro allí donde (y en el momento en que,) me desconozco.

Pero, además, el mandamiento evidencia, mediante la intensidad con que formula su llamado, que a la hora de hacer oír su demanda el amor aún brilla por su ausencia. Es recién a partir de la emisión del Mandamiento que el amor como tarea aún incumplida se hace evidente. El imperativo *Amarás* dice a la vez *aún no amas*. Todavía más: dice *aún no te amas*. El Mandamiento da, entonces, la orden de amar. ¿Pero no es esto un contrasentido? ¿Es posible, acaso, ordenar el amor? ¿Imponerlo? ¿Decretar su irrupción y su práctica? El imperativo *Amarás*, sin embargo, no responde a la suposición de que el sentimiento amoroso pueda ser impuesto. Responde a la comprensión de que su naturaleza no debe ser confundida con la de un simulacro o

la de un sucedáneo. El imperativo *amarás* llama a un reconocimiento. Convoca a la conciencia a un ejercicio de sinceramiento: así como te amas —pareciera decir— sólo hay lugar para el desprecio. Y el desprecio es siempre autodesprecio. Es egoísmo.

El Segundo Mandamiento pide al hombre que despierte. Que se asome y se sostenga ante el paisaje que el mandamiento despeja. Ese paisaje tiene su centro en una evidencia: uno no puede llegar a amarse si no se conoce. Y conocerse, en este caso esencial, significa aprender a desconocerse. Acceder a cuanto en mí me revela como otro. Como criatura impuesta al mundo y expuesta, en su conciencia, al enigma de esa imposición de ese destino. Develarme en mi propia heteronomía. Reconocerla como núcleo de mi identidad. Se trata de un procedimiento de restitución. Se trata, también, de una reconciliación. De una reconciliación conmigo mismo en tanto otro primordial. Ese otro al que remite medularmente la palabra Yo y que, como tal, resulta irreductible a los imperativos sembrados por la ilusión de uniformidad que con frecuencia promuevo y reivindico cuando hablo de mí mismo. ¿Qué significa aquí, entonces, reconciliación? Reconciliación es íntima disposición al encuentro con aquello que, en tanto objeto de posesión y de saber despótico, nos ha llevado a la hecatombe nuclear y al genocidio. Reconciliación, así entendida, es amor: un infinito tender hacia mí mismo como otro. Construcción incesante, esfuerzo sin fin en dirección al llamado inextinguible que me formula mi propia alteridad. Llamado que es convocatoria y es plegaria. Anhelos de ser oído que me busca sin cesar como oyente para ofrendarme la voz de cuanto en mí no es mío y, sin embargo, soy yo. “No te apartes de la medida que no tiene límite —escribe rabi Tarfón— ni de la tarea que no tiene fin”.

En esta aproximación amorosa a cuanto en mí no es mío, ni propio ni apropiable, ha de consistir el ejercicio del amor al prójimo. En esa sed de alteridad que se realiza como encuentro de uno en otro, a medida que fracasa como posesión de uno por otro. En ese discernimiento conmovido de aquel que no soy como máxima posibilidad que se me brinda de llegar a saber quién soy. Es que el amor al otro se nutre y vive de la impotencia para ser *uno* con él. Impotencia prodigiosa puesto que, en su reverso y al unísono, es don convivencial, aptitud para ser *otro* con él, allí donde no es ya posible uno sin él.

El amor permite que se conquiste como vivencia fecunda de identidad personal la infinita distancia que a cada cual lo separa de sí mismo. En ella consiste y allí reside lo más humano del otro, mi prójimo, quien soy. Mientras así no sea, mientras no impere el segundo Mandamiento, no habrá para mí semejantes ni yo seré otro para nadie. El prójimo sólo será reverso especular y maniqueo de lo que soy para mí: si soy lo conocido él será lo desconocido; si soy lo cercano, él será lo distante. Si yo lo soy todo, él será nada

Recuerda Cicerón que la acepción primitiva de la palabra “enemigo” (hostis) era “extranjero”: el que proviene de afuera, de lejos, el que habita la tierra según otro modo de ser. Aún palpita en nosotros ese antiguo horror a la diferencia. Pero también y desde siempre, la necesidad de rebasarlo. El Primer Mandamiento —“Yo soy tu Dios”— precede sabiamente al Segundo porque el amor sólo es posible como reconocimiento de otra Presencia que la mía. De otra Presencia en la mía. “Soy tu Dios” significa: Yo soy, en tanto Otro Absoluto, tu referente irreductible. A la luz del Segundo Mandamiento, el Primero nos dice: la infinita alteridad, he aquí lo que debes honrar como tu Dios. Hónrame en el trato dispensado a tu propia alteridad. Honra tu alteridad en el trato dispensado a tu prójimo. Hazlo a partir de ahora. Eres un sobreviviente y lo eres porque lo peor ya pasó.

### **Bibliografía**

Kovadloff, S. Lo irremediable - Moisés y el espíritu trágico del judaísmo. Bs. As., Emecé, 1996.